

Presa

Por: Gentleman 

Prólogo

Me llamo Rubén Krause, y quiero asentar por escrito mi última reunión con Mariano Jiménez, la cual fue hace varios años.

Sinceramente, me sorprende la claridad con la que recuerdo cada detalle de la reunión. Creí que todo había quedado enterrado en la profundidad de mi mente un largo tiempo atrás. Pero ahora todo vuelve a mí, y con una profusión de detalles que, en verdad, me aterra un poco.

Es probable, imaginario lector, que se esté preguntando por qué ahora, luego de tanto tiempo, quiero dejar un registro del encuentro final que tuve con Jiménez, pero le pido paciencia. Todo se aclarará a su debido tiempo.

Antes que nada, siento que debo darle algo de contexto a la relación que mantenía con Jiménez, a fin de que todo quede más claro para usted.

Lo que nos unía era, únicamente, la relación laboral. Ambos trabajábamos en una compañía de seguros bastante grande, con numerosas sucursales a lo largo del país (es más, ése continúa siendo mi lugar de trabajo). Disponíamos de un buen sueldo, aunque él ganaba más que yo, por temas de antigüedad en el puesto.

Se había ganado el respeto de muchos dentro de la compañía, incluido el mío. Era un hombre correcto, de semblante serio y muy responsable. Nunca impuntual ni desordenado. Siempre sabía qué tenía que hacer, cuándo hacerlo, y cómo hacerlo. En contraposición, en los escasos momentos en los que no sabía cómo proceder, era consciente de cuándo debía dar un paso al costado y permitir que otro solucionara el problema en cuestión.

En cuanto a su trato conmigo, yo siempre lo vi como un amigo, aunque creo poder afirmar que esa consideración era unilateral. Pero no porque me ignorara, o me tratara con poco respeto, sino porque nunca abandonaba el trato formal que se tiene con alguien que no pasa de ser un conocido. Nunca, ni siquiera en la última reunión que tuvimos, me llamó por mi nombre o mi apodo (con el cual me llaman casi todos en la compañía), sino que se limitaba a llamarme por mi apellido. Para él, yo era “Krause”. A secas. Y, debido a esto, tomé la costumbre de referirme a él como “Jiménez”.

No es que fuera algo personal. Trataba a todos por igual. Haciendo memoria, creo que nunca lo oí llamar a alguien por su nombre de pila.

Jamás entablamos una conversación fuera de la burbuja del trabajo, exceptuando por la última, claro. Las pocas veces que tuve la oportunidad de tener una charla distendida con él, ocurrieron en las reuniones de empleados que se hacían una vez cada dos meses. Mas me bastaron esos escasos intercambios de palabras para comprender que su lado personal no difería mucho del laboral. Siempre correcto, siempre serio, siempre medido al hablar.

Y solitario, aunque de esto no me enteré sino hasta la última reunión.

Su vida personal era un misterio para todos en la compañía. A menudo, en las horas muertas, hacíamos bromas sobre esto. Intercambiábamos la poca información que teníamos, casi como un juego, para tratar de saber más de ese hombre al que no se le conocía una pareja o un familiar. Pero nunca llegamos a saber nada de él.

En cuanto a su aspecto, poco tengo que decir. Hombre de estatura promedio, y facciones comunes. Si tuviera que destacar algo, sería su poblado bigote, sus ojos grises, y las canas que comenzaban a teñirle las sienes, entremezclándose con su cabello negro, siempre bien peinado. Nunca supe su edad, pero apostaría a que se hallaba alrededor de los cincuenta años. Quizás algunos más, o menos. No sabría decirlo.

En fin, creo que ya he dado suficiente trasfondo. Si me lo permite, imaginario lector, procederé a contar todo lo referente a esa última reunión, iniciando mi relato unas semanas antes de la misma.

1

Los días previos

Comenzó un jueves, lo recuerdo. En esencia, ese día fue igual a todos los que lo precedieron, exceptuando por un episodio aislado, que luego supe que estaba ligado a lo que sucedió posteriormente. No fueron más que unos segundos, pero me bastó para comprender que había algo que no estaba bien.

El movimiento dentro de la oficina era normal. Cada trabajador estaba en su puesto, realizando sus tareas acostumbradas. Yo me hallaba ultimando detalles con un cliente cuyo automóvil había sido impactado por una motocicleta a baja velocidad, resultando en un espejo roto y daños menores en la pintura y la portezuela de su vehículo.

Apenas acabé con el asunto, me tomé un par de minutos para estirar las piernas, que se me habían dormido por estar tanto tiempo sentado.

En el instante en el que me puse de pie, sentí un escalofrío que casi me hace temblar. Por instinto, giré la cabeza, como si supiera que la causa del escalofrío se hallaba detrás de mí.

Alcancé a ver a Jiménez bajando la vista, concentrándose en lo que tenía sobre su escritorio. No me atrevería a asegurarlo, pero podría apostar que estaba clavando en mí sus ojos grises. Traté de disimular lo que había sucedido moviendo la cabeza de un lado a otro, fingiendo una molestia en el cuello, pero no le aparté la vista a Jiménez hasta que volví a sentarme.

Fijé en él mi atención por el resto del día, mas no percibí nada extraño. Seguía siendo el mismo trabajador eficiente de siempre. Traté de ver si mis compañeros habían notado algo extraño en él, siempre hilvanándolo con ese juego que teníamos de intercambiar información, pero no logré nada en limpio.

Con el correr de los días, cada vez fue más evidente que algo le sucedía a Jiménez. Primero se notaba en las pequeñas cosas, como en ademanes aislados o el hecho de que fallaba con nimiedades que en otro tiempo sabía resolver con los ojos cerrados. Luego comenzó a cometer errores en áreas más grandes. Fallas con el dinero, los clientes, los seguros, y otros aspectos laborales. Todo esto había escalonado a tal punto que nuestros superiores comenzaron a notarlo y a llamarle la atención, cosa totalmente impensable hasta hace no más que unos días atrás.

Más allá de la preocupación que me producía su estado, no temí en que perdiera su trabajo. No era secreto para nadie que él era el mejor empleado de la compañía, por lo que unos errores no iban a costarle el puesto, por no decir que tenía varios años a sus espaldas que daban cuenta de su eficiencia.

La nueva faceta de Jiménez era un tema recurrente para discutir en las horas muertas.

—Para mí es una mujer —decía López, hombre de una constitución espigada y rostro cansado—. O, si no, un hombre. En fin, una posible pareja lo tiene a mal traer —concluyó.

—No me parece —contradijo Pizzoti, rascándose el mentón, oculto bajo una frondosa barba—. Llevo años aquí, y nunca le conocí una pareja a Jiménez. Tendría más sentido que fuera un familiar.

—Es extraño —comentó Sardi, mientras se cruzaba de brazos. El movimiento había provocado que los botones de su camisa de tensaran aun más—. Llevo varios años trabajando aquí, más que todos ustedes, y no recuerdo haberlo visto así nunca —se retrepó en su asiento mientras se pasaba una mano por la frente—. Tal vez sean problemas de dinero. Es raro, sí, pero eso es lo que tiene más sentido para mí.

Deliberaciones como éstas eran frecuentes, mas nadie parecía dar con lo que le estaba pasando a Jiménez en realidad.

Mientras tanto, él seguía en una lenta pero constante espiral descendente. Cada vez comenzaba a cometer más errores, además de ser ahora increíblemente lento y poco confiable, laboralmente hablando. También se había vuelto más descuidado consigo mismo, tanto en la ropa que usaba como en su apariencia física.

Todo siguió empeorando hasta que Jiménez se fue de vacaciones.

En la compañía, tenemos lo que yo llamo vacaciones intercaladas. A lo largo del año, se les dan quince días de vacaciones a distintos empleados, con el fin de seguir trabajando mientras cada uno descansa. Con este sistema, solamente cerramos en días festivos, o feriados nacionales.

No era el turno de Jiménez, quien tiene sus vacaciones a mediados de septiembre, sino de Zavala. Por eso, me sorprendí en demasía cuando lo vi ingresar por la puerta el primer día de sus vacaciones.

–Eh, Zavala –le dije, visiblemente confundido–, ¿qué haces aquí?

Me explicó, en pocas palabras, que había accedido a intercambiar sus vacaciones con las de Jiménez. Asentí y fui a mi puesto. No necesitaba más explicaciones. Con algo de suerte, el descanso sería lo que le hacía falta para volver a ser el hombre que conocimos.

Y así pasaron diez días sin tener noticias tuyas.

Cuando faltaban cuatro días para que Jiménez regresara a trabajar, me llamaron desde la oficina de atención al cliente, diciéndome que un cliente quería hablar conmigo directamente, poniendo como excusa que lo había estafado en la cobertura de su vehículo.

Yo estaba visiblemente sorprendido, porque no recordaba haber cometido error alguno con el seguro de ningún vehículo.

Cuando coloqué el tubo junto a mi oreja, me recibió una voz familiar.

–Hola, Krause.

La sorpresa debió de haber poblado mi rostro, porque las recepcionistas me miraron de reojo. Yo serené el rostro y me masajé la frente, haciendo parecer que estaba pensando.

–Escucha bien, porque voy a ser breve –continuó la voz.

No había duda; era Jiménez. Pero había algo que deformaba su tono. No sabía qué era, pero lo notaba extraño, como si estuviera hablándome mientras tapaba su boca con una mano. Aunque podía entender perfectamente lo que me decía, era como si sus palabras estuvieran pegadas unas con otras. No existía un espacio entre ellas.

–Te espero mañana, en mi casa. Calle Brasil, número 774, a las dos de la tarde. Ven solo –hizo una pequeña pausa. Cuando iba a replicar, agregó–.No le digas a nadie, Krause. En serio.

Colgó antes de que pudiera emitir palabra alguna.

Me quedé estático unos minutos en total silencio. Luego, para fingir que realmente había alguien del otro lado, balbuceé un poco de palabrería acerca del posible error que el “cliente” estaría cometiendo, y que éste se solucionaría dentro de cuarenta y ocho horas. Continué con esa pantomima un par de minutos más antes de colgar. Saludé a las recepcionistas y regresé a mi puesto.

Estuve todo el resto del día con la mente en otro lado.

2

La reunión

Llegué a su hogar a la hora convenida, quizás hasta un par de minutos más temprano. Era una casa pequeña, con un frente bien cuidado, de color verde pálido, dos ventanas cubiertas por cortinas, una puerta de madera, y una acera limpia.

Me acerqué a la puerta y la golpee un par de veces, sin saber qué me esperaba allí dentro.

Pasaron varios segundos antes de que una voz, proveniente del interior, me informara:

–Está abierto.

Vacilé un par de segundos antes de posar mi mano sobre el pomo de la puerta. La voz, indudablemente, pertenecía a Jiménez, o al menos, al Jiménez con el que había hablado antes. Su voz aún tenía ese raro matiz que yo, inicialmente, había atribuido al teléfono. A pesar de notarlo con mayor claridad, no pude colegir qué era.

Finalmente, aferré el pomo con firmeza e ingresé.

La casa estaba totalmente a oscuras, a tal punto que el rectángulo de luz que ingresaba por la puerta era lo único que la iluminaba. Las cortinas que cubrían las ventanas eran tan gruesas, que apenas permitían el paso de una luz mortecina, la cual no servía para mitigar la oscuridad.

El olor a humo que había allí dentro me hizo dar un paso atrás. Casi podría decir que sentía cómo se manchaban mis pulmones con la nicotina. Tosí un par de veces por el brusco cambio en el aire, tratando de acostumbrarme.

–Has venido –dijo Jiménez, con un tono que se asemejaba a la alegría. O, quizás, al alivio.

Levanté la mirada para ver a quien había sabido ser el hombre que todos respetábamos en la compañía. Iluminado por la luz que ingresaba detrás de mí, lo que tenía en frente apenas podía calificarse como una piltrafa. Un cigarrillo colgaba lánguidamente de sus labios, mientras que en su mano sostenía un vaso con whisky. A su lado tenía la botella, llena hasta casi la mitad. Estaba sentado frente a una pequeña mesa cuadrada, cubierta con un mantel de color gris oscuro. Sólo pude ver una silla, y era la que Jiménez estaba ocupando.

En ese momento, comprendí qué era lo que había percibido en su voz. Estaba borracho. Aún podía entenderle con facilidad, pero el alcohol ya comenzaba a entorpecer su dicción y a aletargar sus movimientos.

Bajé la vista y vi la suciedad que se extendía delante de mí. Todo lo limpio y bien cuidado del frente se contradecía con las bolsas de basura y la negligencia con la que mantenía el interior. En ese momento, agradecí en parte el olor a humo, puesto que éste seguramente estuviera sofocando un hedor mucho peor.

Con desgano, sujetó el cigarrillo con dos dedos flácidos y golpeó la punta sobre un cenicero atiborrado que yo no había visto, puesto que las cenizas lo camuflaban con el mantel.

–Cierra la puerta –me ordenó. A pesar de estar en un estado tan deplorable, de su voz aún manaba un vestigio de aquel hombre con el que solía trabajar.

Me apresuré a obedecer, tomando una última bocanada de aire fresco antes de cerrar la puerta.

La habitación quedó a oscuras. Las únicas fuentes de luz eran las ventanas, cuyas gruesas cortinas impedían el paso de casi toda la luz, y el cigarrillo, que iluminaba débilmente los rasgos de Jiménez con un resplandor anaranjado cada vez que chupaba el filtro.

Estuvimos en silencio un par de minutos, mientras mis ojos trataban de acostumbrarse a la oscuridad. Sentí como, a través de la oscuridad, esas pupilas grises me escrutaban con una frialdad que me producía escalofríos, como aquél que tuve en la oficina anteriormente.

Jiménez fue el primero en hablar. Carraspeó antes, como si quisiera hacer desaparecer de su voz todo el alcohol que había ingerido, y dijo:

–No somos muy distintos, Krause. Ambos responsables. Ambos correctos. Ambos... –hizo una pausa y levantó el vaso para ponerlo delante de sus ojos, girándolo lentamente, prestándole suma atención a las ondulaciones que se generaban en el líquido color ámbar... solitarios.

Lo miré con sorpresa, a través de la oscuridad.

–¿Cómo sabes...?

–Sé reconocer a los que son como yo, Krause. En la compañía, siempre veía reflejado un poco de mí en cada trabajador. Y tú, en cierta forma, eres el que más se parece a mí. También Pizzoti tiene varios rasgos parecidos a los míos, pero su impuntualidad realmente me desagrada –vi cómo la punta anaranjada del cigarrillo se movía, separándose de su rostro un par de centímetros antes de impactar

contra el atiborrado cenicero—. Sardi lo único que tiene es antigüedad, pero más allá de eso, somos diametralmente opuestos.

No sabía qué responder, por lo que me quedé allí, estático, a la espera de instrucciones. Mis ojos ya se habían acostumbrado casi totalmente a la penumbra, mas no así mis pulmones con el aire viciado.

—Quizás no lo parece, Krause, pero esto comenzó largo tiempo atrás. Hace meses, prácticamente...

—¿Qué es lo que comenzó? —pregunté, más por la necesidad de decir algo que por no saber. De hecho, era perfectamente consciente de a qué se refería.

Me miró, y por primera vez pude notar la totalidad de su rostro en la negrura. Cuando habló, sentí que la frialdad de su voz complementaba la de sus ojos grises.

—Mi derrumbe, Krause.

Vació el vaso de dos largos tragos, pero lo ingirió de manera muy apresurada y comenzó a toser. Yo lo miré con ojos entrecerrados, ya totalmente acostumbrado a la oscuridad. No dije nada, sino que esperé a que Jiménez terminara de toser.

Apenas finalizó, comenzó a hablar nuevamente, mientras volvía a llenar su vaso.

—Quizás ustedes nunca notaron nada raro, y eso significa que estaba haciendo bien las cosas —se humedeció los labios con la bebida y carraspeó un par de veces—. ¿Sabes? Una vez leí, no recuerdo dónde, que uno nunca le muestra su verdadera cara a nadie, prácticamente. Vivimos enmascarados eternamente, colocándonos una determinada máscara dependiendo de lo que estemos haciendo y con quién estemos tratando. Al principio no necesitaba de máscara alguna en el trabajo. Yo era como me veían. Responsable, puntual, y me preocupaba por hacer las cosas bien. Pero eso cambió hace meses. Y comprendí que era tiempo de desenfundar una máscara. Nunca lo había hecho, y me sorprendí para bien sabiendo que nadie notó nada raro, al menos al principio. Luego, hace unas semanas, todo se desplomó.

Hizo una pausa, la cual interpreté como un pie para que yo comenzara a hablar.

—Bueno, pero...

—Se me cayó la máscara, Krause —me interrumpió, vaciando casi la totalidad de vaso con un trago rápido. Luego lo inclinó, mirando lo poco que quedaba dentro del mismo—. A pedazos.

No respondí, sino que me limité a mirarlo. Su postura en la silla era la de un hombre cansado, que logró encontrar asiento luego de estar largas horas de pie. Su mano derecha descansaba lánguidamente sobre la mesa, mientras que con la izquierda sujetaba su vaso de whisky, con tal firmeza que parecía estar usando toda la fuerza de sus dedos para sostener la bebida.

—Ustedes —continuó, arrastrando la lengua por sus labios, como si los tuviera resecos—, en la oficina, siempre veían a Mariano Jiménez, el trabajador. Un hombre eficiente y reservado, que sabía cómo actuar ante cada situación. Pero por dentro estaba muriendo, Krause. ¿Sabes el esfuerzo que tenía que hacer para no exteriorizar la miseria que me carcomía por dentro? ¿El desgaste mental con el que llegaba a mi casa?

—Vas a tener que disculparme, Jiménez, pero no entiendo de qué estás hablando. ¿Qué problema tienes exactamente? ¿Vas a permitir que te ayudemos?

Clavó en mí sus ojos color ceniza, los cuales se entremezclaban con la negrura, y pude notar que en su rostro se dibujaba el esbozo de una sonrisa. Antes de poder interpretar por qué sonreía, comenzó a reír. Ocultó la cara entre las manos, pero la estridencia de su carcajada se escurría entre sus dedos, deformándola a tal punto que no parecía provenir de un ser humano.

Comencé a sentirme muy incómodo, más de lo que me había sentido hasta entonces. Fue en ese momento que comprendí que el que estaba delante de mí no era Jiménez. O, por lo menos, no el que conocía. Cuando me ordenó que cerrara la puerta, había creído que detrás de la piltrafa bebedora de whisky se hallaba el hombre de mente clara que había sabido respetar, y hasta estimar como un amigo. Pero comprobé que ese Mariano había desaparecido hace un largo tiempo.

–S-sí –tartamudeó, tratando de suprimir otro acceso de risa. Se restregó los ojos con movimientos torpes, posiblemente para secar un par de lágrimas que se le habían escapado–. Sí, tienes razón. ¡Qué estúpido fui! Hablándote como si supieras exactamente qué comenzó a pasarme.

Antes de que pudiera acotar algo, se puso de pie con movimientos débiles. Tuvo que usar la mesa como soporte para poder lograrlo.

–Pero no hablaremos aquí, sino en mi estudio.

Encerró entre sus dedos el gollete de la botella y el vaso, indicándome con un corto cabeceo que lo siguiera. Se irguió con cierta dificultad y se dio vuelta, entrado por una puerta que tenía a su espalda.

Sinceramente, yo no sabía qué pensar a esa altura. Deseaba irme, pero había una genuina curiosidad que me instaba a seguir allí. Deseaba saber qué sucedía.

Analiqué detalladamente a mi interlocutor antes de decidir si debía o no seguirlo. Pensé que lo peor que podía suceder era un enfrentamiento físico. Y, si éste llegaba a darse, yo llevaba las de ganar, claramente. Su andar era tambaleante, y parecía estar utilizando toda la fuerza de sus brazos para que la botella de whisky no se escapara de sus dedos. Además, llamarlo “piltrafa” había sido un acierto: su ropa le quedaba demasiado grande, y se notaba que debajo de ella había cuerpo frágil.

Me apresuré a seguirlo, pero no hubo necesidad. Su andar era tan lento que en unos pocos pasos lo tuve delante de mí. La basura del suelo casi me hizo caer un par de veces.

Atravesamos un corto pasillo, el cual desembocaba en un pequeño cuarto, de apenas cinco o seis metros cuadrados, aproximadamente. Allí dentro no había ventanas. Debido a esto, la oscuridad se había vuelto más densa, a tal punto que no noté qué era lo que me rodeaba.

Apenas entré, sentí que estaba en una casa totalmente distinta. El cuarto no sólo estaba totalmente limpio (o, al menos, cuando ingresé dejé de patear montículos de basura), sino que el aire estaba menos viciado que en el resto de la casa.

Del centro de la habitación llegó un sonido rasposo acompañado de un chispazo. Era Jiménez, quien había encendido un fósforo. Delante de él, se iluminó débilmente un escritorio con dos sillas enfrentadas. Sobre el escritorio, había una vela.

Jiménez acercó la llama a un cigarrillo que se había llevado a la boca en algún momento en el que no lo estaba mirando. Aspiró un par de veces, antes de encender la vela con el fósforo moribundo. Me pareció oír cómo la piel de sus yemas se chamuscaba, pero no pareció importarle.

Ahora todo el cuarto se hallaba iluminado tenuemente, pero me bastaba para darle un análisis un poco más detallado.

A pesar de sus pequeñas dimensiones, el estudio parecía estar bien decorado. Dos de los cuatro muros estaban cubiertos con libreros atiborrados. Un pequeño buró festoneaba la pared a mi derecha. Y, sobre éste, había un televisor pequeño.

El muro restante estaba desnudo, exceptuando por una pequeña ventilación en la parte superior, cerca del techo.

–Toma asiento, Krause –la voz de Jiménez me sorprendió.

Cuando lo miré, sentí que se me encogía el corazón. Con la luz anaranjada, su rostro se veía aún más demacrado. Las sombras danzantes, producida por la vacilante llama, le daban a su rostro una especie de viveza que lo hacía más tenebroso. Sus pupilas grises lo empeoraban. Era como una máscara grotesca con dos guijarros por ojos.

Me senté con movimientos torpes. Jiménez no hizo comentario alguno, sino que se limitaba a darle esporádicas chupadas a su cigarrillo, exhalando el humo por la nariz.

Estuvimos en silencio unos segundos. Yo aún trataba de acostumbrarme a su rostro.

–Seguramente, Krause –dijo, sacándose el filtro de la boca y mirándolo con atención, mientras lo sostenía con dos dedos–, vas a tomarme por loco. Es más, apostarí a que ya lo estás haciendo, y ni siquiera te he contado qué me sucede –aplastó el cigarrillo sobre el escritorio.

Yo no respondí, sino que me limité a mirarlo. Ni siquiera deseaba parpadear.

Antes de continuar, Jiménez llenó su vaso y le dio un sorbo al whisky.

–Me persiguen, Krause. Te estarás preguntado “¿Quién?”. Y ahí está el quid de la cuestión: no lo sé. Sólo sé que hace meses alguien, o *algo*, me sigue. A todos lados. Tengo miedo de todo, Krause. No puedo dormir, no puedo comer. Mucho menos trabajar –hizo una pausa para darle otro sorbo a su vaso, lamiéndose los labios. Por primera vez noté que ya no tenía su icónico bigote–. Lo sé, lo sé. Tu pensamiento, y el de cualquiera, es “¿Por qué no ir a un psiquiatra?” o a un psicólogo. O, al menos, a un médico. Debes saber que fui. Piensa en todos los especialistas que quieras, y puedo garantizarte que los visité. No sólo a uno, sino a varios. Tenía miedo de estar sufriendo alguna enfermedad, de que mi cerebro se estuviera deteriorando. Esperaba que me diagnostiquen con esquizofrenia, o alguno de esos males. Pero no.

Hizo una pausa, como esperando a que yo procese todo lo que acababa de oír. Quizás hasta esperaba que hiciera una acotación, lo cual no pasó. En respuesta a mi silencio, vació su bebida y sacudió la cabeza. Me pareció que comenzaba a inclinarse hacia un lado en su asiento, por lo que se retrepó con torpeza.

–Según me hicieron saber, estoy sano –continuó–. En todo. Quizás con el hígado un poco graso, pero nada más. A todos les comenté que me sentía perseguido. Algunos me recomendaron ciertos medicamentos, los cuales compré e ingerí, mas fue inútil.

”Igualmente, al principio era tolerable. Total, sólo era impresión mía, ¿verdad? Sentía que alguien me perseguía, pero nunca había nadie allí. Y era así... al principio.

Se levantó de la silla, respirando con pesadez. Era evidente que no estaba acostumbrado a hablar tanto. Arrastró una mano por su rostro, mientras sujetaba el respaldo de su silla, como buscando estabilidad. Comprendí que no sólo era el cansancio, sino que seguramente el alcohol comenzaba a surtir efecto. O, por lo menos, más efecto del que ya había hecho hasta ahora.

Me atreví a realizar una pregunta.

–¿Y no has considerado, no sé, ingresar a un centro psiquiátrico o algo? –mi voz salió tan natural que me sorprendí un poco.

Me miró como si lo hubiera insultado. Apoyó las manos sobre la mesa y se inclinó ligeramente hacia adelante, como para tizar sus palabras con más seriedad, o toda la que cabía para alguien que había vaciado un número importante de vasos de whisky.

–¿Dices que *me encierre*? ¿Me estás escuchando, Krause? ¿Qué parte de “me persiguen” es la que no entiendes? Son sólo dos palabras, no hay lugar en donde perderse. Sí, debo admitir que últimamente estoy encerrado, pero al menos bajo mis propios términos, en mi casa.

”Además, sé que ésa no es la solución –me miró directamente a los ojos, clavándome sus pupilas, ahora con un brillo beodo en ellas–. Sé que no lo es. Por si no te queda claro aún, estoy cuerdo. Sé que lo estoy. Si me estuviera volviendo loco, alguien ya me lo hubiera dicho. Los psicólogos, los analistas, los doctores. Pero nadie me ha dicho nada. Mentalmente, soy un roble –hizo una pausa, como para recuperar la compostura–. Un roble –repitió, clavándome la mirada nuevamente, antes de perderla en un horizonte que se extendía más allá de los muros.

Lo miré, genuinamente asombrado. Pero no estoy seguro si mi asombro se debía a la convicción con la que hablaba, o a la claridad de su dicción estando tan ebrio.

Volvió a sentarse, dejándose caer pesadamente en la silla. Lo noté agitado. Sus fosas nasales se expandían y contraían a una gran velocidad, pero mantenía la boca cerrada, como si sólo quisiera hacerla responsable de emitir palabras. Pude ver que las finas gotas de sudor comenzaban a formarse en sus sienas, preparándose para deslizarse perezosamente por su rostro. Su frente brillaba a la débil luz de la vela.

–Lo lamento, Krause –volvió a llenar el vaso, vaciándolo de dos largos tragos–. Es que... es desesperante.

Repitió el proceso de vaciar el vaso un par de veces. Yo no hice comentario alguno. El alcohol parecía ser un buen calmante, porque sus rasgos se aflojaron un poco. En este punto, la botella estaba casi vacía.

–Sé que no te convence mi historia. Después de todo, tú piensas casi de la misma forma que yo. Mi historia suena a la de un loco que quiere convencerse de que no está loco. Sólo te pido paciencia, Krause. Mientras más escuches mi historia, más entenderás mi punto de vista.

Se echó hacia atrás, masajeándose el cuello con movimientos torpes.

–Poco tiempo después de que comenzó esta persecución, llegaron las alucinaciones –suprimió un eructo, y luego tragó sin haberse llevado nada a la boca. Supuse que había logrado contener un pequeño vómito–. Para ese entonces, casi que me había acostumbrado a sentir que algo me seguía. Pero comencé a ver, o mejor dicho, a *creer* que veía –inhaló y exhaló con desgano. Temí que fuera a sufrir un colapso–. Siendo sincero, nunca llegué ver nada de frente, pero sí de reojo. Usualmente, primero sentía que había algo detrás de mí, para luego verlo por el rabillo del ojo. Nunca supe qué era, y parece que nunca lo sabré. Lo único que puedo asegurarte, Krause, es que no es humano. Siempre son sombras, figuras negras que parecen ocultarse antes de que me dé vuelta para encararlas. No importa en dónde me encuentre, no importa qué esté haciendo, siempre están ahí, acechándome. En mi casa, en el trabajo... en todos lados.

Miró la botella casi vacía con ojos entrecerrados. Por un segundo, sopesó la posibilidad de servirse un último vaso, pero sacudió lentamente la cabeza.

Su semblante me pareció más precario que nunca. Inclinado hacia un lado en su asiento, con los codos apoyados en el escritorio, como si de ellos dependiera toda su estabilidad.

–Me hice estudios de todo tipo. Visité a infinidad de profesionales, pero fue en vano. Siempre me decían que estaba perfectamente. Me prescribieron algunos medicamentos, pero estos fueron tan inútiles como los anteriores.

”Y a pesar de todo esto, había algo que me permitía estar calmado. Sí, cuando comenzaron las alucinaciones me asusté, pero luego de un par de semanas logré... digamos, habituarme a ellas. Llegué a la conclusión de que no era más que algo mental. Concluí que, si no podía solucionar este problema, al menos podría ignorarlo. Y todo siguió relativamente bien, al menos por unos meses. Sentía que me seguían, percibía movimientos extraños por el rabillo del ojo, mas dejé de prestarles atención, al menos durante el trabajo. En mis horas libres, era más difícil, porque no tenía nada en qué concentrarme. En el trabajo era sencillo, ya que llevo años allí y lo que hago no ha variado mucho. Pero en mi hogar no podía distraerme. Quizás la persecución cesaba, pero no así las alucinaciones, las cuales parecían agigantarse al estar aquí encerrado.

”Intenté distraerme paseando, tomando el fresco. En fin, haciendo actividades al aire libre, pero con todo lo que viví, llegué a desarrollar una especie de agorafobia, y sufría de ansiedad en los lugares muy abiertos. Eso, combinado con todos mis males ya mencionados, terminó de sellar mi reclusión voluntaria.

Guardó silencio, entrecerrando los ojos antes de mirar hacia abajo, clavando en el escritorio una mirada perdida. Comenzó a tamborilear con movimientos torpes, que delataban su ebriedad más de lo que lo hacía su semblante. Sus dedos golpeteaban en la madera de forma inconexa, pero de algún modo lograba producir un sonido monótono. Parecía estar poniendo en orden sus ideas.

Yo no emití sonido alguno. Me limité a mirar la botella de whisky, a la cual apenas debía quedarle, con suerte, medio vaso. Recuerdo que, en ese momento, quise saber cuánto había tomado Jiménez ese día. Supuse que no se habría limitado a una sola botella, así como tampoco a un sólo tipo de bebida.

–A pesar de todo, estaba... tranquilo –hizo una nueva pausa–. Esa no es la palabra que me gustaría emplear, pero es la que más se acerca a lo que quiero decir. Y es que a pesar de mi reclusión, mis visiones se limitaban a ser eso: visiones. No había amenaza real, más allá de que mi salud mental se deterioraba lentamente. Yo sabía que todo era parte de mi imaginación. Mientras lograra recordar que todo lo que veía no representaba peligro para mí, estaría bien. Esa forma de pensar me mantuvo a salvo. Al menos, hasta hace un mes.

Colocó ambas manos sobre el escritorio y se irguió con torpeza. Una vez que estuvo sobre sus pies, sujetó la botella de whisky y la vació de un largo trago. Pude notar, a la luz de la vela, que apenas la

hubo vaciado, deslizó la punta de su lengua por los recovecos de la boca, tratando de limpiar cada ínfimo rincón. Supuse que esto se debía a que era su última botella, o quizás no deseaba ir a buscar otra.

Entonces, depositando con suavidad la botella de nuevo en el escritorio, comenzó a desabotonarse la camisa, con movimientos torpes. Sus dedos agarrotados luchaban contra los botones, tratando de que estos se deslicen por entre los ojales limpiamente, lo cual no lograba. Tardó aproximadamente diez minutos para hacer pasar cinco de los seis botones. Cuando llegó al último, lo arrancó sin miramientos.

–Hace un mes, desperté como lo venía haciendo usualmente. Es decir, mal –eructó con la boca cerrada, para luego dejar salir el aire con un largo resoplido–. Pero esa mañana, algo había cambiado. Más allá del dolor de cuerpo que siempre sentía, noté algo más. Una especie de ardor en el pecho, por debajo del pijama.

Sin previo aviso, abrió la desabotonada camisa, quedando con el torso desnudo. Pude ver, a la luz de las velas, numerosos cortes. Eran pequeños, pero cubrían casi todo su pecho y parte del abdomen. Me pareció ver algunos sobre sus hombros también.

–Sobra decir –continuó, cerrando la camisa nuevamente, sin abotonarla– que ese ardor se debía a un pequeño corte.

Volvió a sentarse. Se lo veía derrotado. Miró de reojo la botella vacía, como si lamentara verla así.

–Ese fue el punto de quiebre, Krause. Si esto que me estaba pasando comenzaba a atentar físicamente contra mí, no tenía escapatoria. Y antes de que hagas comentario alguno –acompañó sus palabras levantando la mano derecha–, sí. Fui nuevamente a visitar a los profesionales, y todos me dieron el mismo análisis: estrés. Yo ya sabía que estaba estresado, y es más: sabía *por qué* estaba estresado, pero bueno. Además, que también creo que te lo estás preguntando, sí. Probé filmarme mientras dormía. Luz encendida, puerta cerrada, cámara enfocando a mi cama durante mis ocho horas de sueño, mas fue inútil. Cada mañana despertaba con un corte nuevo, y el video no mostraba nada.

Arrastró una mano por su frente, perlada de pequeñas gotas de sudor. Su respiración se había hecho más agitada. Su dicción también había empeorado, pero no a tal punto de volver inteligibles sus palabras.

–Fue ahí cuando comprendí mi destino, Krause. Entonces, me dediqué a buscar a alguien a quien contarle mi situación. Una especie de... confidente. Por eso es que ese jueves te miré como lo hice. Sé que lo notaste. Te elegí a ti, Krause, para que seas el único que sepa lo que me está pasando. Ya te lo dije antes; te considero la persona más parecida a mí, así que supuse que me comprenderías mejor que otros. Incluso mejor que Sardí, que me conoce hace más tiempo que tú.

”Luego de eso, comenzó a desmoronarse el único bastión que me mantenía moderadamente estable: el trabajo. No hace falta que te diga lo que sucedió allí. Estuve dando lástima hasta que me concedieron las vacaciones de Zavala. Iba a negarme, pero al final cedí, porque me quedaba por intentar una última cosa. Algo que no había intentado hasta entonces: escapar.

Volvió a arrastrarse el dorso de la mano por la frente. La vela se había consumido en una cantidad importante, quedando de ésta sólo un par de centímetros.

–Me subí a mi auto, y viajé a los pueblos cercanos. A Sargento Luna, a Burbuán, a Pagos Altos. Pero no sirvió de nada. Todos los días seguía despertando con un nuevo corte, así que a la semana regresé a Ciriano.

”Ayer te llamé al trabajo. Y el resto, bueno, ya lo sabes.

Nos quedamos en silencio unos largos minutos. La vela continuaba consumiéndose, formando un charco de cera coagulada a su alrededor. Fue entonces cuando pregunté lo único que me vino a la cabeza en ese momento.

–¿Por qué la vela?

Jiménez levantó la cabeza, y por primera vez sentí que la curiosidad aparecía en sus ojos grises.

–¿Cómo?

–¿Por qué la vela? ¿Y vivir a oscuras?

Me miró un momento, sin parpadear, como pensando una respuesta.

–El motivo es relativamente simple, Krause. Todo es a causa de mis alucinaciones. Por eso vivo a oscuras. Por eso la vela –dijo, fijando su atención en la fluctuante llama–. La oscuridad oculta mis visiones, y los movimientos inconexos que hace la vela me permite interpretarlas como sombras producidas por su luz –se echó para atrás, visiblemente cansado. A pesar de que tenía sus ojos clavados en mí, pude notar que no me estaba viendo–. Al principio, me costaba acostumbrarme, pero ahora, el mero hecho de encender una vela me tranquiliza. A estas alturas, mi vida se resume en tratar de esconder una desgracia del tamaño de un árbol, con bálsamos que tienen las dimensiones de una servilleta.

Su mirada se perdió en la danza hipnótica de la llama. Por mi parte, no hice comentario alguno. Sentí que ya había cumplido mi rol allí.

Nos pusimos de pie casi al unísono. Jiménez apagó la vela con los dedos y me acompañó a la puerta, secundándome con un andar tambaleante. Necesitaba apoyarse contra la pared para mantener el equilibrio.

Yo había olvidado la existencia de las bolsas de basura, por lo que al atravesar el pasillo casi caigo al suelo.

Finalmente, llegamos a la puerta. En cierta forma, la reunión se me había hecho eterna, y me sentía algo cansado. Coloqué la mano en el picaporte casi al mismo tiempo que Jiménez, quien hizo lo propio con la suya sobre mi hombro.

–Krause...–su aliento a alcohol podía tumbar a un batallón–. Perdón...

Lo miré, pero no dije nada. En su rostro pude notar que no sabía por qué se disculpaba. Fue una acción hecha involuntariamente, como un acto reflejo. Y, más extraño aun, me pareció entender perfectamente por qué me pedía disculpas.

–Y... –tragó saliva, como si las palabras se le hubieran atorado en la garganta, pero ya no tenía más whisky para liberarlas–. Y gracias.

Nuevamente, no dije nada. Sentí que no debía decir nada. Simplemente correspondí con un corto cabeceo y cerré la puerta detrás de mí.

Estuve todo el viaje de vuelta espiando sobre mi hombro.

3

Notas finales

Ésa fue la última vez que lo vi. Vivo, al menos.

A los dos días, se suicidó ingiriendo una gran cantidad de veneno para ratas. En la oficina, la noticia fue un golpe duro. Hicimos nuestro duelo personal, cerrando por dos días en honor a Jiménez.

En los periódicos locales hubo unos pocos obituarios, provenientes de algunos compañeros de trabajo y un puñado de familiares.

Y eso es todo lo que tengo que decir en cuanto a Jiménez. La reunión tuvo lugar hace más de diez años. De esa camada de trabajadores, sólo quedamos Pizzoti, Zavala, y yo. Sardi se jubiló, mientras que los otros trabajadores renunciaron, fueron despedidos, o fallecieron.

Me di cuenta que yo tengo ahora el estatus que Jiménez tenía en su momento. Soy el hombre de experiencia al que todos respetan, y al cual los trabajadores recién iniciados recurren para solucionar todo tipo de problemas.

Zavala es eficiente también, pero su lentitud y falta de comunicación le juegan en contra. Pizzoti se cree tan afianzado en el puesto, que con el tiempo se ha vuelto algo descuidado, además de que su impuntualidad ha empeorado significativamente. Se cree intocable, pero para mí, sólo es una cuestión de tiempo para que lo echen. Aunque si no lo han hecho en todos estos años, puede que llegue a jubilarse sin recibir ni una reprimenda.

En cuanto a mí... bueno. Cuando dije que ahora tengo es estatus de Jiménez, me refería a todo lo que tenía Jiménez.

Incluidas las alucinaciones.

Ése es el principal motivo por el que comencé a recordar la reunión que mantuve con él. Sin embargo, en ningún momento me sentí perseguido. Esto comenzó, más o menos, hace un mes. Veo figuras por el rabillo del ojo, pero éstas desaparecen apenas giro la cabeza. Además, me sucede algo que Jiménez nunca me contó, pero que también puede ser que nunca lo haya experimentado: la sensación de que los objetos de mi hogar se mueven. Y no me refiero a que dejo algo en la cocina y aparece en el baño. No. Si dejo, por ejemplo, un perfume en mi mesita de noche, el perfume se queda allí, pero me parece que en una posición diferente. No descarto la posibilidad de que sólo sean ideas mías, pero no sería descabellado si me sucediera algo parecido.

Intento restarle importancia al asunto, aunque sé a qué extremo puede llegar. Si se me va de las manos, no seré tan testarudo como Jiménez y consideraré internarme en una institución mental, o en algún lugar que considere pertinente.

Posiblemente, imaginario lector, usted se preguntará por qué sentí la necesidad de escribir la reunión que mantuve con Jiménez, en lugar de reservar esa información para mí. Verá, la respuesta es simple: usted ahora se ha transformado en mi confidente. Y, en parte, también en el de Jiménez.

No tengo intenciones de continuar este escrito. Confío en que mis experiencias (si es que estas llegan a existir) serán idénticas a las que él tuvo, quizás con unas pocas diferencias superficiales.

Tampoco planeo publicar esto en ningún lado, pero sé que alguien, con el tiempo, lo encontrará y lo leerá.

Cuando eso pase, no me quedará otra opción que pedirle una cosa, imaginario lector.

Amablemente, le pido que me perdone.

Y gracias.

Comentarios

Por: Gentleman 

Seré el primero en comentar lo obvio. Son más de diez páginas que se pueden condensar en seis o siete, sino en cinco. La verdad, admito que me tomo mi tiempo para no contar absolutamente nada. O mejor dicho, sí que mi historia cuenta algo, pero el hilo conductor puede llegar a perderse entre tanta monserga escrita. Ya he comentado con el cuento anterior que tengo el problema de centrarme demasiado en los pequeños detalles, pero considero que estos son en los que se asientan las grandes historias. Y sí, ya sé que esto no es una “gran historia”, sino un cuento para una dogma en un chan anónimo, cuyas reglas se desdibujan con una facilidad que me exaspera, si he de ser sincero.

Pero bueno, mejor me centraré en el cuento en sí. La verdad, la lucha del hombre común contra una fuerza desconocida me atrae. Y, cuando un tema me resulta de interés, me es más fácil escribir acerca de ello. Me centro en describir cómo alguien puede llevar a cabo una lucha contra algo abstracto, dejando a propósito a esa fuerza en el misterio, con el fin de que no se pierda esa sensación de “lo desconocido”.

-

Ya sé, hay algunos pasajes con errores considerables, o, mínimamente, que le hacen levantar la ceja a uno, dudando de lo que acaba de leer. Donde más problemas tuve es al describir la aseguradora donde trabajaban los dos personajes principales. Sé cómo funciona una compañía de seguros pequeña, donde no trabajan más que un puñado de personas. Pero una con presencia nacional es otro cantar. Cuando hablo de “horas muertas”, no me estoy refiriendo a largos plazos de inactividad, sino a esos pequeños momentos donde los empleados no se encuentran trabajando. No importa qué tan grande sea una empresa/negocio, es imposible que un trabajador se pase ocho horas seguidas sin hacer otra cosa que trabajar, sin detenerse aunque sea un minuto.

Además, otro punto en el cual no estoy muy seguro, es si en la sección de atención al público, puede pedirse hablar con un empleado en particular. Estoy convencido de que puede hacerse, pero si ése fuera el caso, calculo que cada trabajador tendría en su escritorio una línea para que se le transfiriera cualquier llamada. Prefiero ver al caso particular de Krause como un “episodio aislado”. Y, si usted se pregunta qué excusa o qué recurso habrá utilizado Jiménez para lograr hablar con Krause, déjeme decirle que usted está dudando de la capacidad del que supo ser el mejor empleado de la compañía de seguros. Y, con tantos años a cuestas, algo habrá aprendido acerca de su propio trabajo.

-

No descarto que si alguien llega a sufrir un episodio similar en la vida real (lo cual dudo), entonces esa persona está sufriendo un evidente deterioro mental, sin importar qué tan cuerdo se considere. Ahí es donde entra el ataque físico, para demostrar que, efectivamente, Jiménez está tan cuerdo como dice, o por lo menos no está tan loco. Adicionalmente, mencioné el hecho de las grabaciones mientras dormía para despejar la posibilidad de que esas heridas sean autoinfligidas, (aunque nos basamos en lo que dijo Jiménez, y él puede estar mintiendo tranquilamente...).

-

En cuanto a los diálogos, sí. Sé que son antinaturales, y que nadie se expresa así, pero espero que sepa comprender, persona que lea este comentario, que este escrito trata de ser lo más neutral posible. Si lo escribiera en mi lenguaje, no tan neutral, quizás podría hacer que suenen más naturales, pero como en esta dogma participan negros de distintos países, considero una muestra de “respeto” (nótese las comillas) no utilizar modismos. Además, si pasara de un párrafo donde describo minuciosamente

los movimientos de Jiménez para servirse un vaso de whisky a un diálogo totalmente coloquial, sería una transición extraña. Digamos que la vería más antinatural que los propios diálogos que terminé utilizando.

-

Esta idea ya la había utilizado antes en otro cuento (nunca publicado). Decidí reutilizarla porque, en principio, creí que el resultado final sería parecido al del primer cuento, mas no fue así. No diré que este cuento es bueno o malo, pero sin lugar a dudas lo considero una sombra de su original. Una especie de sucedáneo. Lo que sí, son completamente distintos. Apenas comparten la idea de un hombre “elegido” por una fuerza desconocida, de índole aparentemente maligna, que lo acecha, sin otra aparente motivación que la de conducirlo hacia la locura.

Reconozco que no es mi mejor trabajo, pero decidí escribirlo para darme algo de tiempo mientras terminaba de redondear una idea para el cuento del mes próximo. Igual, no prometo que el próximo cuento sea mejor que éste.

Pensándolo un poco, creo que por el hecho de conocer la primera historia, y por el hecho de tener que reescribirla, considero que esta historia es peor que la primera, cuando puede ser, tranquilamente, que ambas posean la misma cantidad (sea la misma elevada o nula, no seré yo quien lo decida)

-

Quizás pude haber orientado el relato en otra dirección, más realista. Utilizar algún argumento como la extorsión o el chantaje para mover la trama. Pero me enfrentaba a dos preguntas que no tenía intención de responder: “¿Quién extorsionaría a Jiménez?” y “¿Por qué?”.

-

Pido perdón por cualquier error en la puntuación que se me haya pasado por alto, así como la utilización de palabras que pueden resultar “extrañas” o algún desliz con la sintaxis.

Tema: Libre.